Esa historia la enseñan, la imponen, la mandan y la recomiendan; todas las jóvenes inteligencias la recibieron más ó menos y tienen rastros de ella; su pensamiento padece y difícilmente recobra el empuje de la libertad; la hacen aprender de memoria á los estudiantes, y yo mismo, siendo niño, fuí víctima suya.

En esa historia hay de todo, excepto historia. Rimeros de príncipes, de *monarcas* y de capitanes; pueblo, leyes, costumbres, poca cosa; letras, artes, ciencias, filosofía, movimiento de la idea universal, del pensamiento, en una palabra, del hombre, nada. La civilización está fechada por reinados y no por progresos. Un rey cualquiera es una etapa. Los verdaderos relevos, los relevos de los grandes hombres, no están indicados en ninguna parte. Explican de qué manera Francisco II sucedió á Enrique II, Carlos IX á Francisco II y Enrique III á Carlos IX; pero nadie enseña como Watt sucedió á Papín y Fulton á Watt; detrás de la pesada decoración de las herencias de la realeza, la misteriosa dinastía de los genios apenas se entrevé. El candil que despide humo en la fachada opaca de los acontecimientos de la monarquía, oculta la reverberación sideral que lanzan sobre los siglos los creadores de civilizaciones. Ni uno sólo de los historiadores de esa serie señala la divina filiación de los prodigios humanos, lógica aplicada de la Providencia; ni uno sólo hace ver como el progreso engendra al progreso. Sería vergonzoso ignorar que Felipe IV vino después de Felipe III y Carlos II después de Felipe IV; pero que Descartes siga á Bacon, y Kant á Descartes; que Las Casas continúe á Colón, y Wáshington á Las Casas, y que John Brown continúe y rectifique á Wáshington; que Juan Huss continúe á Pelagio, y Lutero á Juan Huss, y que Voltaire continúe á Lutero, casi es escandaloso saberlo.

IV

Tiempo es ya de que cambien las cosas.

Tiempo es de que los hombres de acción ocupen su puesto detrás y los hombres de idea delante. La cima es la cabeza. Donde está el pensamiento allí está el poder. Hora es de que los genios vayan delante de los héroes. Hay que dar á César lo que es de César, y al libro lo que es del libro. Tal poema, tal drama, tal novela, produce mayor cantidad de trabajo que todas las cortes de Europa juntas; es hora de que la historia se ponga en relación con la realidad, que dé á cada influencia su medida comprobada, y que deje de poner á las épocas hechas á imagen de los poetas y de los filósofos caretas de reyes. ¿A quién pertenece el siglo XVIII? ¿A Luis XV ó á Voltaire? Poned á Versalles frente de Ferney, y ved de cuál de estos dos puntos brota mayor cantidad de civilización.

Un siglo es una fórmula; una época es un pensamiento expresado. Después de lo cual pasa la civilización á otro. La civilización tiene frases. Esas frases son los siglos. No dice aquí lo que ha dicho allá. Pero esas frases misteriosas se encadenan; la lógica—el logos—está dentro, y su serie constituye el progreso. Todas esas frases, expresión de una idea única, la idea divina, escriben lentamente la palabra Fraternidad.

Toda claridad está en algún punto condensada en llama; lo mismo que toda época está condensada en un hombre. Muerto el hombre, se cierra la época. Dios vuelve la página. La muerte de Dante es como un punto puesto al final del siglo XIII; Juan Huss puede venir. Shakespeare muerto, es el punto puesto al final del siglo XVI. Después de ese poeta, que contiene y resume toda la filosofía, los filósofos Pascal, Des-

cartes, Molière, Le Sage, Montesquieu, Rousseau, Diderot, Beaumarchais, pueden venir. Muerto Voltaire, es como el punto puesto al final del siglo XVIII. La revolución francesa, liquidación de la primera forma social del cristianismo, puede venir.

Esos diversos períodos, que nombramos épocas, tienen todos su punto dominante. ¿Cuál es? ¿Será una cabeza adornada con una corona? ¿Será una cabeza engendradora de una idea? ¿Es una aristocracia? ¿Es un pensamiento? Daos bien cuenta de ello. Ved donde está el poder. Pesad á Francisco I con el peso de Gargantúa. Poned toda la caballería en equilibrio con *Don Quijote*.

Cada cual tiene, por consiguiente, su lugar. Volvamos la cara y miremos ahora á los verdaderos siglos. En primera fila los espíritus; en la segunda, tercera y vigésima, los soldados y los príncipes. En la sombra el guerrero, y el pedestal recobrado por el pensador. Quitad de ahí á Alejandro y poned á Aristóteles. ¡Es raro que hasta hoy la humanidad haya tenido una manera de leer la *Iliada* que borraba á Homero bajo el brillo de Aquiles!

Lo diré de nuevo, es hora de que eso cambie. El empuje está dado. Nobles talentos han puesto manos á la obra; la historia futura se aproxima; algunos magníficos arreglos parciales son como la muestra; un cambio general es inminente. *Ad usum populi*. La instrucción obligatoria quiere la historia verdad. La historia verdad se hará. Está ya encargada.

Se acuñarán de nuevo las efigies. Lo que era el reverso será el anverso, lo que era la medalla será el reverso. Urbano VIII será el anverso de Galileo.

El verdadero perfil del género humano reaparecerá en las diferentes pruebas de civilización que ofrece la serie de los siglos.

La efigie histórica no será el hombre rey, sino el hombre pueblo.

Sin duda que, y no se nos echará en cara que no insistamos en ello, la historia real y verídica, indicando los manantiales de la civilización allí donde están, no desconocerá la cantidad apreciable de utilidad debida á los que llevaron cetro ó manejaron la espada en un momento dado y en presencia de un estado especial de la humanidad. Ciertos combates cuerpo á cuerpo exigen semejanza entre los dos combatientes; para con la salvajada, se necesita á veces barbarie. Existen casos violentos de progreso. César es bueno en Cimeria, y Alejandro en Asia. Pero para Alejandro y César hay suficiente con la segunda fila, con el segundo término.

La historia verídica, la historia verdadera, la historia definitiva, encargada en adelante de la educación del infante real, ó sea el pueblo, rechazará toda ficción, carecerá de complacencias, clasificará lógicamente los fenómenos, desenredará las causas profundas, estudiará filosóficamente y de un modo científico las conmociones sucesivas de la humanidad, y tendrá menos cuenta de los grandes sablazos que de las grandes ideas. Los hechos luminosos ocuparán el primer lugar. Pitágoras será un acontecimiento mayor que Sesostris. Lo hemos dicho ya, los héroes, hombres crepusculares, son relativamente luminosos en las tinieblas; pero ¿qué es un conquistador comparado con un sabio? ¿Qué es la invasión de los reinos comparada con la abertura de las inteligencias? Los que ganan, los que conquistan espíritus borran á los que conquistan provincias. Aquel por quien ó á quien se debe el pensar, ese es el verdadero conquistador. En la historia futura, el esclavo Esopo y el esclavo Plauto pasarán antes que los reyes, y tal vagabundo pesará más que tal victorioso, y este cómico pesará

más que aquel emperador. Para lograr que lo que decimos aquí sea sensible por los hechos, será útil que un hombre poderoso haya señalado el compás de espera entre la caída del mundo latino y la aparición del mundo gótico; será útil que otro hombre poderoso, después del primero, como va la habilidad después de la audacia, dibuje bajo la forma de monarquía católica el futuro grupo universal de las naciones, y los saludables avances de Europa sobre Africa, Asia y América; pero es más útil aún haber escrito la *Divina Comedia* y *Hamlet;* ninguna mala acción se halla mezclada con esas obras maestras; no se puede colocar en ellas á cargo del civilizador ningún pasivo de pueblos maltratados ó degollados; y tomado como resultante el aumento del espíritu humano, Dante importa más que Carlomagno, y Shakespeare que Carlos V.

En la historia, tal cual se hará bajo el patrón de la verdad absoluta, esa inteligencia cualquiera, ese ser inconsciente y vulgar, el *Non pluribus impar,* el sultán-sol de Marly, es únicamente un preparador casi maquinal del abrigo que necesita el pensador disfrazado de histrión y del medio de ideas y de hombres que son precisos á la filosofía de Alcestes, y Luis XIV preparará el lecho de Molière.

Esos cambios de papeles dejarán ver en su verdadera luz á los personajes; la óptica histórica, renovada, apretará el conjunto de la civilización, que sigue siendo un caos todavía; la perspectiva, que es como una justicia hecha por la geometría, se apoderará de lo pasado, haciendo adelantar unos términos y retroceder otros; cada cual recobrará su altura real; los adornos de tiaras y coronas sólo añadirán el ridículo á los enanos; las genuflexiones estúpidas se desvanecerán. De ese gran levantar del espíritu brotará el derecho.

El gran juez, nosotros, Todos Nosotros, teniendo por medida la noción clara de lo que es absoluto y de lo que es relativo, las disminuciones y las restituciones se harán por sí mismas. El sentido moral innato en el hombre sabrá donde encontrarse en adelante. No se verá reducido á hacerse preguntas como ésta: ¿Por qué, en el mismo instante, se venera en Luis XV, en conjunto con el resto de la realeza, el acto por el cual queman vivo á Deschauffours en la plaza de Grève? La calidad de rey no será ya un falso peso moral. Los hechos bien asentados dejarán tranquila la conciencia. Descenderá una buena luz, dulce para la humanidad, serena, equitativa. Las nubes no se interpondrán ya entre la verdad y el cerebro del hombre. Ascensión definitiva del bien, de lo justo y de lo bello al cenit de la civilización.

Nada hay capaz de sustraerse á la ley de simplificación. Por la sola fuerza de las cosas, el lado material de los hechos y de los hombres se disgrega y desaparece. No hay solidez tenebrosa. Sea cual fuere la masa, sea cual fuere el conjunto, toda combinación de ceniza, y la materia no es otra cosa, vuelve á convertirse en ceniza. La idea del grano de polvo está en la palabra granito. Pulverizaciones inevitables. Todos esos granitos, oligarquía, aristocracia, teocracia, están llamados á la dispersión de los cuatro vientos. Sólo el ideal es incorruptible.

Lo único que permanece es el espíritu.

En esa crecida indefinida de claridad que llaman civilización, se realizan fenómenos de reducción y de poner en su punto. La imperiosa mañana penetra por todas partes, entra como dueño y se hace obedecer. La luz opera; bajo la vista de la posteridad, frente á esa claridad del siglo XIX donde se efectúan las simplificaciones, caen las excrecencias, las glorias se deshojan, los nombres se descomparten.

¿Queréis un ejemplo? Tomad á Moisés. Hay en Moisés tres glorias: el capitán, el legislador, el poeta. De los tres hombres que hay en Moisés ¿dónde está hoy el capitán? En la obscuridad, con los bandidos y los degolladores. ¿Dónde está el legislador? En el rezago de las religiones muertas. ¿Dónde está el poeta? Junto á Esquilo.

La luz del día tiene respecto de las cosas de la noche un poder roedor irresistible. De ahí un nuevo cielo histórico sobre nuestras cabezas. De ahí una nueva filosofía de las causas y de los resultados. De ahí un nuevo aspecto de los hechos.

Sin embargo, algunos espíritus, cuya inquietud honrada y severa no deja de agradarnos, exclaman: «Habéis dicho que *los genios son una dinastía,* y no queremos ninguna, ni ésa ni las otras.» Eso es equivocarse y asustarse de la palabra cuando la cosa ofrece seguridades. La misma ley que quiere que el género humano no tenga dueños, quiere que tenga guías. Dejarse ilustrar, es lo contrario de dejarse esclavizar. Los reyes poseen, los genios conducen; en eso está la diferencia. Entre *Homo sum* y *el Estado soy yo,* existe toda la distancia que media entre la fraternidad y la tiranía. La marcha hacia adelante quiere un dedo indicador; sublevarse contra el piloto no sirve de gran cosa á la tripulación; no vemos lo que se hubiera ganado con echar á Cristóbal Colón al mar. La frase *Por aquí* jamás humilló al que busca su camino. Acepto de noche la autoridad de las antorchas. Dinastía que por cierto no molesta sería la dinastía de los genios, que tiene por reino el destierro de Dante, por palacio el calabozo de Cervantes, por lista civil la alforja de Isaías, por trono el estercolero de Job y por cetro el cayado de Homero.

Continuemos.

V

La humanidad, no poseída, sino guiada; tal es el nuevo aspecto de los hechos.

Ese nuevo aspecto de los hechos, en adelante la historia vendrá obligada á reproducirlo. Cambiar lo pasado, parece extraño; sin embargo, es lo que va á hacer la historia. ¿Mintiendo? No, diciendo la verdad. Siendo la historia un cuadro, se convertirá en espejo.

Ese nuevo reflejo de lo pasado modificará el porvenir.

El antiguo rey de Westfalia, que era hombre de mucho ingenio, miraba cierto día en la mesa de una persona á quien conocemos, una escribanía. El escritor en cuya casa estaba en aquel momento Jerónimo Bonaparte, había traído de una excursión por los Alpes, hecha algunos años antes en compañía de Carlos Nodier, un trozo de serpentina esteatita esculpida en forma de tintero, comprado á los cazadores de gamos del Mar de Hielo. Eso es lo que miraba Jerónimo Bonaparte. ¿Qué es esto?, preguntó.—Es mi tintero, repuso el escritor. Y añadió: Es un pedazo de esteatita. Admirad á la naturaleza que con un poco de lodo y de óxido hace esa preciosa piedra verde.—Admiro mucho más á los hombres, replicó Jerónimo Bonaparte, que de esa piedra hacen un tintero.

No estaba mal contestado para un hermano de Napoleón, y se le debe agradecer, toda vez que el tintero debe destruir la espada.

La disminución de los hombres de guerra, de fuerza y de presa, el engrandecimiento indefinido y soberbio de los hombres de pensamiento y de paz, la vuelta á escena de los verdaderos colosos, ese es uno

de los más grandes, uno de los mayores hechos de nuestra grandiosa época.

No hay otro espectáculo tan patético ni tan sublime; la humanidad libre de arriba; los poderosos ahuyentados por los soñadores, el profeta anonadando al héroe, el *barrido* de la fuerza por la idea, el cielo completamente *limpiado*, una expulsión majestuosa.

Mirad, levantad la vista, la epopeya suprema se va cumpliendo.

La legión de las luces ahuyenta á la horda de las llamaradas.

Partida de los amos, llegada de los libertadores. Los hostigadores de los pueblos, los que arrastran ejércitos, Nemrod, Sennaquerib, Ciro, Ramsés, Jerjes, Cambises, Atila, Gengiskán, Tamerlán, Alejandro, César, Bonaparte, todos esos inmensos hombres feroces se borran.

Se van apagando lentamente, ya llegan al horizonte misteriosamente atraídos por la obscuridad; tienen similitudes con las tinieblas; de ahí descenso fatal; su semejanza con los otros fenómenos de la noche los vuelve á llevar á esa unidad terrible de la inmensidad ciega, submersión de toda luz. El olvido, sombra de la sombra, les espera.

Son precipitados allí, pero siguen siendo formidables. No insultemos á lo que ha sido grande. Los gritos y silbidos serían impropios ante el entierro de los héroes. El pensador debe permanecer grave en presencia de esa investidura de sudarios. La vieja gloria abdica; los fuertes se acuestan. ¡Clemencia para esos victoriosos vencidos! ¡Paz á esos belicosos apagados! El desvanecimiento sepulcral se interpone entre esas luces y nosotros. Produce cierto religioso terror ver como los astros se convierten en espectros.

Mientras que, hacia el lado del hundimiento, cada vez más inclinados hacia la sima, la pléyade de los

hombres de fuerza va bajando con la palidez siniestra de la próxima desaparición, en el otro extremo del espacio, allí donde la última nube acaba de disolverse, en el profundo cielo del porvenir, para siempre azul, se levanta esplendoroso y deslumbrador el grupo sagrado de las verdaderas estrellas, Orfeo, Hermes, Job, Homero, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Hipócrates, Fidias, Sócrates, Sófocles, Platón, Aristóteles, Arquímedes, Euclides, Pitágoras, Lucrecio, Plauto, Juvenal, Tácito, san Pablo, Juan de Patmos, Tertuliano, Pelagio, Dante, Gutemberg, Juana de Arco, Cristóbal Colón, Lutero, Miguel Angel, Copérnico, Galileo, Rabelais, Calderón, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Kepler, Milton, Molière, Newton, Descartes, Kant, Piranèse, Beccaria, Diderot, Voltaire, Beethoven, Fulton, Montgolfier, Wáshington; y la prodigiosa constelación, á cada instante más luminosa, brillante como una gloria de diamantes celestiales, resplandece en el claro del horizonte, y sube, mezclada á esa inmensa aurora que se llama Jesucristo.